

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA PROBLEMÁTICA “VOCACIONAL” LATINOAMERICANA

I) *Introducción:*

Pretender abarcar la situación monástico-vocacional latinoamericana en unos pocos minutos y sin todos los elementos de juicio imprescindibles para realizar un estudio ponderado y científicamente valedero resulta en cierta manera temerario. Por eso hemos preferido solamente presentar algunas reflexiones surgidas de la lectura y el análisis de las respuestas del cuestionario enviado a las comunidades monásticas meses atrás. Se trata de un material interesante y valioso en cuanto es expresión de una *situación concreta y real* de nuestro monacato, con toda su gama de orientaciones, y claro está con sus virtudes, pero también con sus limitaciones.

Pensamos que nos hemos reunido más que para pronunciar conferencias, dar soluciones y sacar conclusiones, para *plantearnos problemas* y comunicarnos interrogantes muchas veces acuciantes y dolorosos. Participando así nuestras experiencias con sencillez y sin pretender soluciones milagrosas, podremos volver a nuestros monasterios más conscientes de los problemas *que afectan al monacato* de hoy, e igualmente un poco más afirmados y optimistas en nuestra común vocación.

II) *Tema:*

A continuación desarrollaremos cuatro interrogantes que corresponden en grandes líneas a las preguntas del cuestionario arriba mencionado. No está de más insistir en que no podremos abarcar más que algunos aspectos de estos interrogantes, que nos han parecido de mayor interés y actualidad.

- ¿“*QUIÉNES SON*” los postulantes que llegan a nuestros monasterios?
- ¿“*CÓMO SON*” los postulantes que llegan a nuestros monasterios?
- ¿“*QUÉ BUSCAN*” los postulantes en nuestros monasterios?
- ¿“*QUÉ DEBEMOS DARLES*” a los que desean ingresar en nuestros monasterios?

Al tratar cada interrogante plantaremos una serie de temas para ser discutidos en pequeños grupos y poder ser finalmente presentados al plenario

1) ¿“*QUIÉNES SON*”....?

Al responder los monasterios respecto a la procedencia de sus vocaciones, llama la atención una relativa uniformidad. Gran parte de los postulantes provienen de *centros urbanos y suburbanos*, pertenecen a lo que podríamos llamar en sentido amplio *clase media*, y como consecuencia, son *estudiantes con estudios secundarios* (o sus equivalentes) y también algunos con estudios universitarios. No todas las respuestas dicen ésto, pero parecerían las vocaciones de clase popular y alta, ser menos frecuentes.

Estas constataciones nos parecen importantes -habría muchas otras por hacer- para poder ubicarnos en el hoy del monacato latinoamericano, que en este aspecto, parecería no diferir demasiado del europeo por ejemplo. Es verdad que la vocación monástica, con su substrato de fe, no puede valorarse

únicamente con un criterio socio-cultural, pero éste no deja de ser importante, agregado al hecho de una *falta de información y conocimiento* en nuestros países respecto al rol que juega el monacato en la Iglesia, y a la *carencia de una tradición monástica* (exceptuado el Brasil) masculina.

Esta falta de conocimiento de lo monástico en el pueblo cristiano, trae aparejada una identificación del monacato con otros tipos de vida religiosa, y con la vocación sacerdotal, sea secular o regular. En este panorama confuso, muchas vocaciones de extracción popular, sobre todo en regiones en vías de desarrollo cultural y socialmente buscan a través de la comunidad monástica alcanzar un “status” como el del sacerdocio, que al menos hasta la actualidad, los promovía humanamente. Es decir, se da la posibilidad de que consciente e inconscientemente, se utilice “lo monástico” simplemente como un medio, con la consiguiente insatisfacción y desubicación posterior.

Sin embargo, no conviene poner demasiado énfasis en esta comprobación, ya que últimamente van disminuyendo lentamente este tipo de vocaciones, en la medida que van apareciendo otras instituciones más capacitadas para brindarles una promoción humana integral más adecuada, sin exigirles, en cambio, compromisos a nivel vocacional.

Simultáneamente a esta situación, van surgiendo vocaciones para monjes -no necesariamente sacerdotales- escasas, ni exentas de un “idealismo teórico”, pero por lo general bien motivadas intelectualmente. Sintetizando: disminuyen las vocaciones “interesadas” socio-culturalmente, que daban antes a los monasterios una cierta dimensión popular (el caso de los hermanos legos tradicionales), y cualitativamente (no cuantitativamente) afluyen vocaciones que han optado por la vida monástica luego de una opción que los ha llevado a relativizar valores socio-culturales que ya poseían.

Por consiguiente, en un continente en “vías de desarrollo”, se iría paradójicamente instalando un monacato cada vez más desarrollado intelectualmente? ¿Surgiría como un abismo entre el cristianismo popular y el cristianismo monástico, justamente en latinoamérica? De no ser así, ¿cómo encarar la integración de las vocaciones en un monasterio abierto y pluralista, de vida sencilla y simple, como lo describe san Benito, con una Iglesia cada vez más exigente en un perfeccionamiento en la fe, asentado sobre una sólida formación humana y cristiana, sin provocar discriminaciones y marginaciones que nos lleven insensiblemente a esquemas aparentemente superados?

2) ¿“CÓMO SON”...?

Al referirnos a las modalidades de la juventud actual corremos el peligro de repetir una serie de adjetivos ya conocidos por todos nosotros, es decir, hablar de una juventud auténtica, espontánea, sincera, generosa y sin prejuicios. La dificultad consiste en preguntarnos si al enumerar estas características, manifestamos realmente un verdadero conocimiento y comprensión de los problemas que aquejan a los jóvenes de hoy.

La juventud que llega a nuestros monasterios proviene de un *mundo pluralista y en mutación radical*, mundo en profunda transformación política, socio cultural y religiosa. Como todo proceso de transformación exige un período crítico de desarrollo. Este crecimiento hacia la adultez, es en nuestro continente latino-americano marcadamente vital, pleno de dinamismo, pero también anárquico, explosivo, desarmónico, polifacético e inestable: “¡crecemos por revoluciones!”. *Se trata de un mundo adulto pero no maduro.*

La juventud producto de este mundo se siente en consecuencia liberada de un estado de dependencia infantil, dejando de lado complejos e inhibiciones para entrar en el cuestionamiento y la rebeldía de la adolescencia, no sin una cierta tensión angustiada. El hecho de encontrarse en un mundo secularizado, convulsionado política y socialmente, profundamente influenciado por la sociedad de consumo, la torna recelosa y desconfiada.

Por otro lado, los medios de comunicación, el culto a la persona y a la realización personal, el desarrollo de la ciencia y de la técnica y la crítica racionalista, la hacen cada vez más exigente y desafiante.

En la juventud de hoy se da “una inquietud de Dios”, pero asociada con una *honda sensibilidad social* para con los que sufren y una verdadera *rebeldía ante las injusticias*. Teniendo conciencia de que son provocadas por la contextura socio-política y económica de nuestra sociedad, los jóvenes buscan el cambio y también la renovación en la vida de la Iglesia. A la Iglesia le tienen miedo, no por lo comprometedora que pueda ser vivir cristianamente, sino por el contrario, por parecerles estar ligada muchas veces a un orden político-económico injusto.

Autenticidad, amor por los que sufren, pasión por la igualdad, búsqueda de soluciones al mundo que se les dio, creemos que son los valores que la juventud busca y sintéticamente los interrogantes que se hace. Al mismo tiempo *tiene clara conciencia de su papel renovador en el mundo* y se juega totalmente por sus ideales, ¡pero no desea que sea un slogan más el ser cristiano!

Dos aspectos ambivalentes querríamos destacar especialmente en la juventud de hoy día: el primero se refiere a una cierta desproporción que existe entre la formación científica y técnica y el de la madurez afectiva, por causa tal vez de problemas familiares y sociales. *Una cierta dificultad para amar*, asociada a un deseo y necesidad de conseguir una realización afectiva. Esta situación conviene tenerla bien presente dado que al ingresar los postulantes en un régimen de familia monástica serán más sensibles y exigentes con esta dimensión.

El segundo aspecto se refiere a la “eficacia”. *Una necesidad imperiosa de actuar*, una moral de la acción, que sienten la mayoría de los jóvenes.

Pensemos que a la luz de estas reflexiones un tanto dispares, de cómo son los jóvenes de hoy en día, podemos plantearnos algunos interrogantes para tratar en los pequeños grupos.

En una sociedad en mutación y ante un futuro incierto, ¿no se plantea con urgencia la dificultad y necesidad de motivar el valor de un compromiso definitivo en la vida religiosa? ¿Qué experiencia podemos aportar respecto al monaquismo temporario?

A una juventud que hace un culto de la actividad: ¿cómo posibilitarle la vivencia de una vida monástica centrada en un dinamismo tal que profundizando en la vida de oración y comunitaria, le posibilite al mismo tiempo actividad irradiante?

¿La existencia de un monaquismo latinoamericano no estático ni estratificado sino dinámico y abierto, pero siempre fiel a la exigencia de ese silencio donde madurará la oración y de esa intimidad donde se realizará la comunidad, ¿no nos estará dando pistas de reflexión para la elaboración de una incipiente teología del monaquismo latino-americano?

¿Cómo canalizar y encauzar la vocación contestataria de los jóvenes en la dimensión y función profética tan específica del monaquismo?

3) ¿“QUÉ BUSCAN?”...

Esa juventud a que nos venimos refiriendo en sus virtudes y sus defectos, busca en primer lugar una auténtica *experiencia de Dios* al acercarse a nuestros monasterios (partimos lógicamente del presupuesto de una vocación incipiente). Supone una experiencia en la fe y en la vivencia de los valores evangélicos por parte de la comunidad que la recibe. Le rechaza una comunidad instalada, sin interrogantes, temerosa o resignada pero en el fondo satisfecha de sí misma. No desea una comunidad arcaica o una institución legalista, perteneciente a un mundo o civilización superados. Busca comprometerse con *una comunidad comprometida en la actual renovación eclesial*. Espera que esa

comunidad, individual y colectivamente vibre con su sensibilidad por la igualdad y la participación. Que sea una “comunidad pascual” verdadera, en donde los jóvenes (la juventud no es una edad sino un espíritu de vida), puedan integrar en la fe, sus grandes ideales de justicia, paz y pobreza y de solidaridad. Buscan una *comunidad profética* y donde ellos puedan canalizar su voz sincera y generosa. Una juventud que tiene la necesidad de actuar, espera encontrar una comunidad poseída por un dinamismo de la caridad, cada vez más exigente.

Buscan en una sociedad alienada y cada vez más deshumanizada, encontrar un profundo respeto por la dignidad de la persona humana, en una libertad en el espíritu, y poder en un ambiente de simplicidad evangélica realizar plenamente un *humanismo cristiano*.

Quieren que al dárseles confianza y comprensión no se les “encasille” con fórmulas prefijadas y sí se les diga la verdad sobre la crisis que está sufriendo la vida religiosa, sin ocultársela con una piadosa cortina de humo. Quieren que se les responda sin engaños ni evasivas por qué nuestro monaquismo a veces irradia tan poco y está desvinculado de la realidad eclesial.

Pero buscan sobre todo una comunidad comprometida con Dios. Confían encontrarse en ella con hombres que en el *silencio compartido*, hayan aprendido a escuchar, para así participar la Palabra (que es sobre todo ejemplo) y que surge del encuentro pacificador. Hombres especializados en el diálogo con Dios.

Hombres que en el *sacrificio compartido* y generoso, hayan descubierto la alegría de una esperanza liberadora que ya comienza a ser una realidad.

Hombres que en la *soledad compartida* no se hayan esterilizados ni endurecido, sino que se hayan abierto y madurado en el amor.

Buscan un monasterio en camino, en ruta, una comunidad que también busca con humildad y vacilaciones, sin claudicar por eso de un ideal claro y definido, de una motivación seria de su vocación. No tienen miedo, entonces, de embarcarse en esa aventura que representa toda vocación en la fe, no tienen miedo de comprometerse con una vida monástica que les va a ir educando esa fe e ir llevando a una mayor intimidad con Dios en una vida de oración alimentada por el fuego de la caridad.

Los valores monásticos parecería hoy en día que van siendo descubiertos gradualmente por los postulantes a medida que van tomando contacto con la comunidad e intimando con ella (¡responsabilidad educadora de la comunidad!).

Ya que una vocación no se da sino en un monasterio concreto y no resulta de una suma de exigencias a priori que configuran un ideal monástico abstracto, ¿sería entonces el monasterio el sacramento de la vocación? ¿Qué implicaciones prácticas traería esta afirmación?

4) ¿“QUÉ DEBEMOS DARLES”...?

La respuesta a este interrogante brota de lo expuesto en los temas anteriores. Estando, creemos, todos de acuerdo en que los postulantes vienen a nuestros monasterios a buscar a Dios y a que les posibilitemos una experiencia de Dios en Cristo, que sólo puede darse en la fe, debemos en primer lugar: *educarlos en la fe*. Esta educación no se realizará primordialmente con exhortaciones y cursos de monástica, sino y sobre todo al *ingresar el postulante en el dinamismo de una comunidad de creyentes*, que está centrada, podríamos decir casi obsesionada en la búsqueda del encuentro con el Dios vivo. Hablar de fe es hablar de luces y sombras, tristezas y alegrías, depresión y euforia, soledad y plenitud camino y reencuentro. Es recurrir al coraje y a la entrega para reconstruir cada día una fidelidad que se nos ha dado gratuitamente y una reconciliación que es también don. Y este lenguaje de hoy los jóvenes lo entienden perfectamente, sólo nos piden algo: que a estas palabras corresponda

una *coherencia de vida*. Es decir, por ejemplo, que si ingresan a una *comunidad orante*, no sea solamente el maestro de novicios (a veces) y algún otro viejo monje que recen, sino que toda la comunidad jerarquice y valore la oración cualitativa y cuantitativamente. Que se encuentren con verdaderos *centros de espiritualidad* y de animación de la liturgia, donde todos y cada uno son verdaderos *dispensadores de la Palabra de Dios*. Que permanentemente (y no sólo para clases y sermones!) entren en contacto y se sientan interpelados por ella. ¡Que si hablan de celibato, pobreza y obediencia lo hagan como hombres y no niños!, maduros y no amargados. Que si se habla de la *realización afectiva*, sean hombres que la han conseguido primariamente en su comunidad. Que si son monjes que viven en comunidad, sepan integrar los dos aspectos de su vocación: soledad y capacidad para la comunicación.

Todo esto que decimos de la comunidad debe aplicarse, lógicamente, al maestro de novicios, que debe ser un hombre de experiencia espiritual, enamorado de Cristo y de su vocación, pero no “absolutizado” en ella, que no tenga miedo de ser contestado, él, su vocación y su comunidad, que sin menospreciar o subestimar los esquemas y estructuras, los revitalice y jerarquice, que eduque dando responsabilidades, que simpatice con la juventud sin hacer demagogia, e insistimos, sobre todo que sea un hombre de oración. Que demuestre con su vida que la oración es personalizante y realizadora y que conduce al encuentro con Dios y con la comunidad de hermanos.

Dadas estas premisas fundamentales, muchas veces no consideradas suficientemente, podemos ahora preguntarnos: ¿Existen centros de formación de formadores monásticos en latino-américa?

¿Cómo compaginar una sólida formación teológica, espiritual y escriturística, tan necesaria con los ambientes donde estudian nuestros estudiantes, ambientes muchas veces con orientaciones e inquietudes ajenas e inclusive contrarias a nuestra vocación?

¿No podrían constituirse “centros regionales” latino americanos, no sólo para los estudios teológicos, sino también para estudio de los valores actuales de la Regla de san Benito y de la Teología monástica en latino-américa?

Conclusión

Después de haber analizado brevemente distintos aspectos de la problemática vocacional en latino-américa y haber sometido a la discusión en común algunos interrogantes concretos que nos han parecido de especial interés, podemos concluir diciendo que es *dentro de nuestras propias comunidades donde se encuentra la posibilidad de una solución*. En un contexto comunitario favorable a las inquietudes del hombre de hoy y sobre todo abierto al actuar del Espíritu. En comunidades que sean verdaderos *sacramentos de reconciliación*. En la alegría, la confianza y el optimismo que nos dan nuestra fe, podrán los jóvenes vernos como sacramento de su *vocación*, y vocación eminentemente *profética* que pueda decir a los hombres de nuestra América con Isaías: «Sobre la atalaya, estoy firme a lo largo del día y en mi puesto de guardia estoy firme noches enteras (Is 21,8). Alguien me grita desde Seír: “Centinela, ¿qué hora es de la noche?”. El centinela responde: “Llega la mañana y después la noche. Si ustedes quieren preguntar, pregunten pero vuelvan otra vez”» (Is 21,11-12).

*Monasterio de Santa María
Los Toldos - F.N.D.F.S.
Buenos Aires*